



EL PENSAMIENTO.

PERIODICO DE LITERATURA Y ARTES.

LITERATURA CONTEMPORANEA.

EL MOVIMIENTO DE ESPAÑA,

O SEA

Historia de la revolucion conocida con el nombre

DE LAS

COMUNIDADES DE CASTILLA.

escrita en latin por el presbítero

DON JUAN MALDONADO,

traducida al castellano é ilustrada con algunas notas y documentos

por **D. José Quevedo.**

Si algun estudio anda en España abatido y menospreciado, es sin duda el de la historia patria, que por un raro contraste con los innumerables incentivos que ofrece su pasmosa variedad, sus extraños episodios y su índole en fin tan diversa de la de las demas naciones europeas, solo de tarde en tarde muestra algun hombre capaz de cultivarla con fruto y de desenterrar sus tesoros. Mengua es por

PRIMERA SERIE, TOMO I, 8.^a ENTREGA.

cierto semejante incuria, pero tantos y tan graves motivos han contribuido á ella, y tan estrecho ha sido su eslabonamiento, que no está en la mano de una ni aun de dos jeneraciones el acabar con ellos. Hasta hace poco tiempo un poder inquieto y receloso se ha opuesto al gran desarrollo que el espíritu de análisis y la libertad del pensamiento han dado en otras partes á los trabajos históricos; en nuestros dias las frecuentes vicisitudes políticas y la inestabilidad casi irremediable de la situacion, han apartado los ánimos de esta clase de tareas, que por la mucha madurez y ahinco que requieren, necesitan cierto sosiego y reposo interior, incompatible con el asiento vacilante de los negocios públicos; ó bien premios y honores distinguidos que hasta ahora no han logrado entre nosotros. Lástima grande en verdad y digna de ser remediada por cuantos se sientan con fuerzas para acometer empresa tan loable, pues si para ilustrar las cuestiones de gobierno y comprender las necesidades del pais se han de tener en cuenta sus usos, leyes, inclinaciones y costumbres, pocas indagaciones estarán tan íntimamente ligadas con la prosperidad comun, como las históricas. Si algun sentido hay en la palabra *nacionalidad*, si algo significa el imperio de los hechos, la sucesion de los tiempos y las lecciones de la esperiencia, fuerza es confesar que un pueblo en que el estudio de sus males no merece un lugar muy preferente, dista mucho del camino de la perfeccion, que en esto como en moral se cifra muy especialmente en el co-

nocimiento de sí propio. Supuesto que de pueblo libre blasonamos, y que, á fuer de tales, necesitamos un gobierno que marche á la cabeza de la ilustracion y lleve la iniciativa social, atendiendo pródicamente á todas nuestras necesidades morales; no estará demas el que cultivemos este ramo de literatura y alentemos por todos los caminos sus progresos, honrándole como merece por su importancia y trascendencia.

Estas reflexiones nos ha sugerido la lectura de la *Historia de las Comunidades de Castilla*, escrita en latín por el presbítero Juan Maldonado, y traducida por D. José Quevedo, que ilustra grandemente este interesante periodo del gran siglo XVI, teatro de tan maravillosos y extraordinarios sucesos, y testigo de una de las mayores crisis que ha experimentado la humanidad en su larga y trabajosa carrera. Extraños movimientos agitaron entonces la Europa. España trabajada por las comunidades y jermanías, Alemania por la revolucion religiosa, Francia por la liga, Inglaterra por los disturbios á un mismo tiempo religiosos y civiles, apenas dejaban entrever el gran movimiento intelectual y comercial de sus pueblos, el desarrollo májico de las artes, la conquista del Nuevo Mundo, la consolidacion del poder monárquico entonces tutelar, y tantas otras semillas finalmente de engrandecimiento y de adelanto que la providencia sembraba con mano pródiga. ¡Siglo en verdad maravilloso, cuyo estandarte inmortal confió la providencia á las robustas manos de España, cuando despedazada por sus luchas intestinas parecia harto cuidadosa y ocupada por sus propios males para cumplir tan empeñado cargo!

Epoca tan ilustre y famosa, no ha sido conocida como debiera en nuestros dias. El ardor de las reformas políticas y el espíritu de partido, han contribuido de un modo eficaz á desfigurarla y á vestirla ropas que por ningun título podian cuadrarle. Durante esta tercera era de nuestra regeneracion, el nombre de Padilla ha sido invocado con menor frecuencia y repetido con harto menor entusiasmo que en las otras dos precedentes. ¿Será que su carácter generoso y su muerte heroica hayan dejado de inflamar los corazones españoles? Creemos que no, pues cuantas almas hayan nacido templadas para sentir la elevacion del ánimo y la grandeza de la abnegacion propia, acatarán una memoria digna de estimacion y profundo respeto; pero la tendencia investigadora y analítica de la época, ha puesto sin duda de mani-

fiesto la distinta índole de los movimientos presentes y pasados, y lejos de tomar á estos por espejo y dechado, se limita á considerar su importancia puramente histórica, única que en el dia nos puede conducir á resultados dignos de atencion.

La revolucion de las Comunidades (si tal nombre merece un movimiento que solo afectaba las formas mas exteriores del gobierno) fue como todas suelen serlo en su principio y espíritu, justa. Las disensiones y alteraciones de España, traian el rastro de las diferencias acaecidas entre el Rey Católico y su yerno con motivo de la sucesion á la corona de Castilla, pues muchos de los nobles y grandes teniendo por no menos extranjero al aragonés Fernando que al asturiano Felipe, fácilmente volvieron las espaldas al sol que se ponía para mirar al que comenzaba á nacer. No faltó sin embargo quien permaneciese al lado del anciano monarca ó movido de gratitud y de hidalgos sentimientos, ó aguijado por rencores y motivos de disgustos en el opuesto bando. Atentos los primeros á sus particulares intereses, llevaban mal el ensanche del poder real y alimentaban esperanzas vagas quizá, pero no por eso menores, de medrar con la inesperienza de los nuevos monarcas y renovar en cuanto les fuese dado los turbulentos y aciagos dias de Enrique IV, en los cuales se engrandecieron á costa de la corona. En los segundos la lealtad ó el sentimiento de otras altas consideraciones (1) sociales, obraban con harta mayor eficacia que los deseos de su crecimiento y bien estar.

Fácilmente preveían que el cuello de castilla habia de ser demasadamente indócil para sufrir con paciencia el yugo extranjero, y que de su ingerimento forzado en el tronco de la república, habian de venir al árbol grandes daños y quebrantos. Esto que de los buenos y cuerdos con razon era temido, no tardó mucho en suceder cuando el joven Carlos I vino á tomar

(1) Los partidarios de Fernando el Católico, á quienes no era sin duda desconocida la debilidad mental de la reina Doña Juana, apoyaban sus intentos en esta cláusula del testamento de la Reina Católica. «Ordeno y mando que cada y cuando que la dicha princesa mi hija no estuviere en estos mis reinos, ó estando en ellos no quisiere ó no pudiere entender en la gobernacion de ellos, el rey mi Señor los rija y administre y gobierne por la susodicha mi hija, hasta tanto que el infante D. Carlos mi nieto, fijo primojénito, heredero de los dichos principes sea de edad lejitima á lo menos veinte años cumplidos, etc.» (Historia de Mariana, tomo IX, edic. de Valencia, impresa por Monfort.)

posesion de la rica herencia de sus abuelos, entregada su voluntad y su afición en manos de los flamencos que le acompañaban, extraño á los negocios y desnudo totalmente de experiencia como era natural en sus cortos años. Comenzaron entonces concusiones, sobornos y estafas de toda clase; añádase á esto violencias y desacatos cometidos en las personas, y toda la humillacion y vejámen consiguiente á un sistema de esplotacion tan descaradamente manifiesto como el de Xebres y los suyos. Vendíanse públicamente los oficios y cargos de mayor honra, y no habia cosa que no sirviese de cebo á la codicia extranjera (1). ¿Para venir á tanta desdicha y vilipendio, habian los españoles arrojado de la península á los moros, y comprado á costa de su sangre los inmarcesibles laureles de ambos mundos? ¿La altivez castellana habia de doblegarse ante la vara de un miserable mercader extraño? En las naciones como en los individuos, hay un principio de dignidad y de honor que constituye su fuerza y que es indispensable conservar á toda costa, porque renunciar á él equivale á renunciar á la vida. Cerrados entonces los caminos del trono á las justas reclamaciones de los vasallos, y despojados estos de la justicia y amparo que estaban acostumbrados á encontrar en él, forzosamente hubieron de buscar por sí el remedio á tamaños males. De aqui nace el jeneral aplauso y el ímpetu verdaderamente popular y casi unánime que acompañaron á los primeros movimientos de Toledo, Burgos y Segovia, y el eco estrepitoso que en todas partes encontraron (2). El viaje del rey á Alemania en demanda del imperio, el servicio concedido por las córtes de la Coruña diametralmente opuesto á las instrucciones que llevaban casi todos los procuradores, de sus comitentes, el mal tratamiento de los comisionados de

Toledo, y mas que todo, las débiles manos en que quedó depositado el gobierno, agravaron la crisis tremenda en que se encontraba el estado, y una vez desprendida la piedra de la cumbre, no hubo fuerzas humanas que la impidiesen llegar al valle, hecha pedazos.

Tal era sin embargo el triste destino de estos intentos generosos. En el gobierno no habia fuerzas para sujetar y comprimir tan revueltos elementos, ni menos, habilidad para dirigirlos. Notábase en la alta nobleza, por una parte, deseo de ver reducido al cardenal Adriano y á los suyos, á extremos y apuros que hiciesen su ayuda indispensable; y por otra, temor y recelo del elemento democrático que ya amenazaba desatarse en daño suyo y dejar atrás los límites de su conveniencia y prerrogativas. Y en el pueblo finalmente que como era de esperar de sus violentas pasiones, tiñó con sangre sus primeros pasos, y á cada punto amagaba con los desafueros de la fuerza brutal, no se advertia un hombre dotado de la capacidad y jénio que se necesitan para dominar una situacion tan difícil y subordinar tantos elementos heterojéneos á un fin comun, creando un centro donde fuesen á parar todos los esfuerzos individuales.

Los principios que pregonaban los comuneros para el alzamiento, no eran tampoco de aquellos que lanzan á la sociedad en un campo de esperanzas y sueños dorados por su trascendencia, y que aspiran á un cambio completo que mejore la condicion comun y lleve consigo un jermen mas claro y fecundo de perfeccion indefinida. No se alteraba ningun dogma religioso ni moral: no se ponía en tela de juicio la legalidad de las autoridades de hecho ecstistentes: no se proclamaban mas principios de derecho que los derivados de las costumbres, leyes y fueros; y finalmente, ninguna reforma se intentaba que se encaminase á un fin social, político ó humanitario. Todos los capítulos de agravio estribaban únicamente en medidas administrativas, en quejas de servicios comunales, en la reparticion y poca medida de los tributos, en la estraccion de la moneda, en la investidura de los extranjeros para los cargos públicos, y finalmente en la salida del rey que ellos calificaban de abandono.

Lo único en que se mostraban un tanto audaces, era en pedir que en los procesos y juicios de la inquisicion se guardase cierto orden y trámites. Fuera de esto todas eran protestas de mejor

(1) Tan barrido dejó el reino de moneda Xevres, que á vista de alguna moneda de oro se cantaba públicamente por las calles:

Doblon de á dos, norabuena estedes
Pues con vos no topó Xevres.

Sandoval habla largamente de estos desafueros y depredaciones en el libro V de su *Historia del Emperador*.

(2) Tan popular fué el levantamiento que en los pulpitos como en las plazas se predicaba y alababa. Es muy digna de leerse la carta anónima de un religioso que trae Sandoval en el citado libro, y el párrafo de las instrucciones del Emperador á sus vireyes, relativo á los predicadores que encendían los ánimos y alborotaban la plebe.

servir al rey y de adhesión á los derechos establecidos.

Este círculo en que los comuneros se encerraban, tenía sin duda mucho de legal y no poco de estrictamente justo, pero era estrecho, como suele serlo el de los intereses materiales, y no se ensanchaba con ninguna teoría ni esperanza ulterior. Ni podía ser de otra manera, si se atiende á que en la organización social, compacta y vigorosa de España, no cabían tendencias escéntricas y mucho menos la indicación de un rumbo nuevo por donde las creencias pudiesen caminar. De esta manera las ciudades disponían de sus fuerzas habituales y la nobleza de las suyas, quedando por decirlo así equilibradas las de ambas clases; pues si la una aventajaba á la otra en número y en ardimiento, sobrepujábase esta en disciplina y concierto. El poder real era el único que hacía lamentable papel, confiado á la debilidad y escaso ingenio del cardenal Adriano y á los coléricos arrebatos del arzobispo de Granada.

Pueblo y nobleza sin embargo no solo guardaban treguas, sino que también estaban ligados por ciertos lazos secretos, cuales eran los de la nacionalidad herida por la preponderancia de los extranjeros; pero el elemento democrático que entonces crecía y se derramaba á manera de hinchado río, no tardó mucho en investir las prerogativas y derechos de la nobleza. Los populares de Burgos, cansados de los manejos equívocos del condestable D. Íñigo Velasco, lo arrojaron de su ciudad; y los de Nájera, acordándose de que en las revueltas del reinado de Enrique IV habían sido desmembrados violentamente de la corona á que pertenecían, se alzaron contra su Señor, D. Antonio Manrique y echaron fuera su guarnición. Ambas medidas eran justas, pero estemporáneas, porque desde aquel momento los nobles se agruparon en torno del trono y se rompieron las hostilidades.

No se crea que bastó esto solo para firmar la ruina del partido popular: sobrabanle fuerzas y recursos, y si hubiese encontrado jefes diestros para las primeras, como los encontró pundonorosos y valientes; y para los segundos, varones de gobierno y de experiencia, hubiera podido cuando menos capitular con honra, sin sujetarse á la dura ley de los vencidos. Pero la *santa junta* cometió la enorme falta de confiar á D. Pedro Giron, hijo heredero del conde de Ureña, la dirección y man-

do de sus tropas, sin tener en cuenta que solo un resentimiento pasajero le traía á unas filas de las cuales natural y constantemente debía alejarle su alcurnia, sus hábitos é intereses. Su fea traición (1), indigna del nombre que llevaba, abrió la primera brecha en la causa de las Comunidades, y la inacción de Padilla en Torrelobatón, cuando tan temible se presentó desde luego á sus contrarios, contribuyó á resfriar el ardor de los populares, que á toda costa debió haberse empleado prontamente, á quitarle su vigor moral, y á engrosar el ejército contrario. Una vez equilibradas las fuerzas, claro es que todas las probabilidades de la victoria estaban de parte de la disciplina y del buen orden; sin embargo, la nobleza hubiera comprado algo más caro el triste laurel de Villalar, sin la traición que vino á dar el último golpe á la ya moribunda causa de las Comunidades.

La historia de esta lastimosa tragedia que nos dejó escrita en latín Juan Maldonado, y que ha traducido D. José Quevedo, bibliotecario del Escorial, es digna de atención por ser obra de un testigo ocular de la mayor parte de aquellos disturbios, y por el espíritu que encierra aunque de manera sumamente disimulada y aguda. Escribiendo bajo el peso de las persecuciones que siguieron al triunfo de los imperiales, mal podía dar suelta el autor á ciertos ímpetus que al cabo á fuer de español, no podía dejar de sentir, y mucho menos en un libro que dedicaba al príncipe de España, hijo del César; pero á falta de tan necesaria libertad, introduce una especie de diálogo semejante á los de Luis Vives (si bien menos ingenioso que los de este insigne escritor) entre un italiano, un francés, un alemán, un toledano y él, en que haciendo de narrador, deja emitir á los demás, juicios diversos de que como es fácil conocer es él responsable. Así, las respuestas de los interlocutores templán á veces el tono de severidad y acrimonia que dictaban las circunstancias al hablar de los comuneros. Cuando por ejemplo á propósito de D. Antonio de Acuña, obispo de Zamora, pondera su carácter inflexible y tenaz y sus virtudes bélicas, pone en boca del italiano estas palabras: «Buen Dios, que obispo acabas de pintar! Convenía que un hombre de tanto valor hubiese nacido en Roma. Me parece ver copiada en él aquella heroica virtud de los antiguos roma-

(1) Véanse las notas 11 y 13 del Sr. Quevedo.

nos »..... Mas el toledano pronuncia una sangrienta diatriba contra la nobleza y personas que despues de estraviar al pueblo y despeñarle por precipicios horrendos, lo dejaron en manos del verdugo; y en la tibieza con que el historiador satisface á este terrible cargo, se trasluce que participaba no poco de semejante opinion. La suya se encuentra quizá mas bien en la de los otros, que en lo que da de si su propio relato. Poco de nuevo añade á la relacion del M. Sandoval y está muy escaso ademas en punto á documentos y datos cronológicos, innecesarios entonces sin duda por tratarse de cosa reciente; pero en el dia absolutamente precisos despues de tantos años trascurridos. El Sr. Quevedo ha suplido con esquisito tino esta falta, y sus notas y apéndices, completan la obra que en su orijinal aparece manca á nuestros ojos.

El estilo como advierte muy bien el traductor en su prólogo, se resiente de un poco de pesadez, hija del gusto á la sazon dominante, y hasta en la misma version se echa de ver un poco esta falta, si bien es cierto que proponiéndose seguir al orijinal tan de cerca, era inevitable incurrir en ella. Con todo, la traduccion es trabajo muy maduro y correcto y merece honrosa acogida, asi por su fidelidad como por el buen criterio que descubre.

Perseverantes en nuestro propósito de dar publicidad principalmente á las cosas pertenecientes á nuestra literatura nacional, recomendamos á la consideracion del público esta obra que ilustra una época tan digna de ser estudiada, como someramente conocida. En ella cayó por el suelo para no volver á levantarse la *libertad municipal* de Castilla, no la política, como muchos han creído. No es fácil señalar el rumbo que hubieran tomado los asuntos públicos, si las Comunidades hubieran triunfado; pero habiendo llegado la hora en que la mayor parte de las naciones se iban convirtiendo en un cuerpo homogéneo y compacto bajo la mano de la autoridad monárquica, harto trabajoso les hubiera sido conservarse en la especie de independencia que hasta entonces habian disfrutado. Los reyes católicos habian cedido á su nieto un trono fuerte ya, y asentado en sólidos cimientos, y el alto jénio militar y político del emperador hubiera acabado por subyugar mas tarde ó mas temprano estas individualidades que no dejaban de embarazar la marcha de sus gigantescos planes. Por otra parte, si el rey hubiera cedido á uno

de los mas ardientes deseos de las ciudades y nobleza, cual era el que no se ausentase del reino ni aun con el poderoso motivo de alcanzar la corona imperial, ¿cuán distinta no hubiera sido quizá la suerte de España, de aquella España que por toda la Europa llevó sus armas, su lengua, su cultura y sus costumbres; que por dos veces hizo frente á Soliman el Magnífico, y que en la conquista de Túnez, echaba los cimientos de la victoria de Lepanto!

Como quiera que el triunfo de los fueros de Castilla no estuviese escrito en el libro de la providencia, todavia hay en su mismo vencimiento tanto heroismo, abnegacion y desinterés, que es imposible pensar en él, sin sentir emociones nobles y profundas. La sangre de los comuneros lavó las manchas que la fragilidad humana pudiera haber echado sobre aquel alzamiento tan jeneroso en su orijen, como desastroso en su fin; y la historia no presenta un monumento mas alto de hidalguía y de virtud, que las dos cartas de Juan de Padilla. La religion del infortunio, añade esplendor á su sacrificio, y las víctimas consiguen harto mas respeto y veneracion que sus verdugos. El emperador se olvidó entonces de que la clemencia es la primera de las virtudes reales, y de que la verdadera grandeza consiste en vencerse á sí propio y enfrenar los ímpetus de la ira. Prueba amarga pero cierta, de que no siempre á la elevacion del jénio acompaña la bondad y la pureza del corazon (1).

Afortunadamente en la historia, tanto enseñan y amaestran los crímenes como las virtudes, y los pueblos deben y suelen olvidar muy tarde las lecciones que se escriben con su sangre.

ENRIQUE GIL.

(1) La amnistia que á su venida á España promulgó el Emperador solo se empleó en los que era imposible castigar sin dejar convertida la nacion en un cementerio. La lista de las personas exceptuadas comprende cuanto hubo de ilustre y distinguido por su talento, valor y riqueza en las filas de las Comunidades. Los que no pagaron con su cabeza en el cadalso, murieron en el destierro. Imposible fué en todos tiempos alcanzar el perdon de la heroica Doña María Pacheco, viuda de Padilla. Al ver tales ejemplos, fuerza es convenir con Robertson que en Carlos V hacia raro contraste la elevacion del entendimiento con la frialdad del corazon.

DE JIBRALTAR A LISBOA.

VIAJE HISTÓRICO.

Ibamos en una balandra sarda, cargada escesivamente de trigo y sumergida en la mar hasta los entrepuentes. Dos marineros, un chico y el capitán, componían toda su tripulación; pero en cambio, encajados y embutidos como guantes en nueve, tropezábamos unos en otros hasta 29 pasajeros, entre ellos 21 catalanes de lo más rústico y montaraz del principado, tres mujeres, un comisario de guerra atrabiliario y colérico como un puerco espín y más puntiagudo que una aguja inglesa. Componíamos el resto dos pasajeros tímidos y de humor pacífico y tranquilo, que no podían haber elegido peor compañía para su jénio, mi compañero hombre de pocas penas y aventurero atrevido, y yo que llevado de mis instintos de ver mundo, había dejado mi casa sin dar cuenta á nadie y contaba apenas 17 años. Una de aquellas mujeres, no he podido averiguar nunca de qué país era, solo sí que juraba y maldecía con unción satánica y maestría inimitable en todas las lenguas del mundo. Era una torre de Babel cuando se entretenía en blasfemar, que fue toda la navegación hasta que murió, y llevaba en esto ventaja á los catalanes. Venía enferma y parecía al espíritu maligno. Estaba casada con uno que había hecho la campaña de Rusia con Napoleón y parecía hombre cachazudo y de empeño. Pocos hombres ha criado Dios de menos entendimiento. Sin duda en sus viajes, encontró en ella la mujer de sus ilusiones y contrajo aquel enlace para sosegar su corazón enamorado. La verdad es que había encontrado su media nuez como suele decirse. Las otras dos mujeres, si pertenecían al bello seco, era más por el seco que por lo bello.

No he sabido nunca quien ajustó el pasaje ni cómo nos encontramos reunidos en tan corto espacio de tablas, tantos hermanos y tan benditos de Dios. Dijéronme que uno se había encar-

gado de todo, con la bondad de un padre, que Dios le de á él tan buenos hijos, como allí íbamos en pago de su buen deseo. Asimismo aquel hombre bondadoso se había encargado de la provision de víveres para nuestro sustento durante la travesía, porque el patrón, solo se encargó de trasportarnos como á maletas. Nada hay más santo que la pobreza, y no creo que los lectores no hayan adivinado ya que los que allí íbamos, de todo teníamos menos dinero. Yo creo que era el más rico, y bien sabe Dios que no me sobraba nada. Pero siempre me he picado de tesón, había emprendido la carrera de emigrado y viajero sin consultar á nadie, y las ilusiones suplían por las cantidades. Loado sea Dios que con tantas ilusiones me echó al mundo, no tanto para mi provecho, como para diversion suya, que se ha entretenido en írmelas quebrando una por una.

El hombre es animal sociable y nada hay más grato ni gustoso que una sociedad escogida. De esto sí que no podíamos quejarnos; buscados uno á uno de los que allí íbamos con una cerillita, no se podía haber compuesto sociedad más amable. Verdad es que casi ninguno nos conocíamos antes, pero qué importa eso, para amarse cuando hay simpatías. Lo mismo fue vernos allí, puesto ya el buque en franquía, empujándonos (tan anchamente íbamos) sobre cubierta, cuando se apoderó de todos nosotros la más encantadora desesperación y desplegamos el jénio más indulgente y suave que puede imaginarse el de más imaginación. No parecía sino que el mismo demonio nos había enjendrado en uno de sus más infernales arrebatos. Mirámonos todos como si nos fuéramos á devorar, y hasta los viajeros pacíficos parecía que les picaban con alfileres de á ochavo. El primero que armó pendencia, fue el colérico comisario, sobre si había lugar ó no bastante para estar de pie, y habiéndole respondido uno de los catalanes que podía haber tomado un navío de tres puentes para él solo, fué tanta la cólera que le dió, que tiró sin más ni más de un espadín de ceremonia que por decoro ceñía, y se arrojó sobre él á atravesarle de parte á parte. Desenvainó el otro una navaja de á cuarta, alborotámonos todos, izó el patrón bandera de socorro, pidiendo favor á los buques que había en el puerto, sujetamos como pudimos al catalán y comisario, que ni aun reñir podían por falta de espacio, y esta fue la primera jarana apenas habia-

mos puesto pie en el buque. Yo como tenia pocos años y ninguna experiencia, no cesaba de bendecir á Dios que en tan buen camino de aprender me habia puesto. Seguimos con el mismo amor, y aquella noche la pasamos como pudimos unos sobre otros hasta el dia siguiente que la balandra se dió á la vela. Allí fue ella, todos nos mareamos, y como habia tantas comodidades, era aquello una delicia. Los catalanes culpaban al patron de que hacia vela en rumbo á España para que nos fusilara Fernando VII, y querian matarle, el comisario no podia sufrir que en lo mas mínimo se le faltase al decoro y mascaba cóleras y reñia á cada paso. Pero lo bueno fué cuando llegó la hora de comer.

Consistian las provisiones que aquel hombre providencial habia comprado para la travesía, en un bacalao, que como suela de zapato, se resistia al diente, y sabroso como una salmuera, en unos sacos de unas guindillas para avivar el apetito, que parecian carbones hechos áscua en el color y el sabor, y en unas largas ristras de ajos, que así alegraban la vista como contentaban el ánimo, por si faltaban estimulantes que añadir al arroz, que mezclado y compuesto con todo lo dicho, componia un rancho capaz de irritar y convertir en condenado al santo mas sano y honrado de toda la corte celestial. Figúrese el lector, comida semejante cómo pondria á unos hombres que al entrar en aquel malhadado barco habian quedado solo con el bastante amor para no despedazarse á uñaradas unos á otros. Sobre todo considérese la ira que se apoderaria del comisario, que aun antes de probar bocado no podia aguantarse á sí mismo. Dividímonos todos en diferentes rancherías, y con cucharas de palo dimos principio, puestos en torno de las cazuelas, á abrazarnos vivos. A cada bocado era de ver el prodigioso trastorno que se operaba en las fisonomías. Las mejillas se ponian rubicundas, los ojos se encandilaban y enfurecian, los labios se hinchaban y encendian, sudábamos copiosísimamente, y abríamos carleando las bocas, buscando aire que refrescase el paladar. Pues interiormente.... cada uno de nosotros llevaba un volcan en el estómago. Comer lava del Vesubio hubiera sido mas fresco. Los nervios ríjidos y tirantes crujian como cuerdas de guitarra, tal nos apretaba todas las clavijas de nuestra máquina la untura de picante y salmuera con que nos regalábamos. Llegó la hora de be-

ber, y si sana y suave era la comida, la bebida no le iba en zaga. Destapáronse unos frascos de Ginebra, la mas torcida, áspera y endiablada que habia podido hallar nuestro bendito y paternal abastecedor. Dios no le dé á él jamas otra bebida. Yo estaba aguardando á ver cuándo empezábamos á arrojar llamas, y mas de una vez temí la combustion espontánea. En esto uno de los catalanes dijo que no habia comido ni bebido mejor en toda su vida. Respondió el comisario con la lengua trabada, hijadeando de calor, la boca hecha áscua, y los ojos fuera ya de sus órbitas, que era menester ser un bestia para decir aquello. Contestóle el otro diciéndole que él le parecia muy delicadito. Repuso el comisario, y todo esto con mucha furia, que no era nadie capaz de resistir mas que él, y que en caso necesario comería pedernales. Respondió el otro, mezclámonos todos en la conversacion, y concluimos por tirarnos las cazuelas, y aborrecernos mas si era posible. Yo me fuí luego á una cuba y me harté de agua, y ni aun así podia respirar sin quemarme las encías. La mujer cosmopolita, dulce mitad del veterano de Rusia, ya estaba enferma: la comida la produjo una inflamacion horrible de vientre. Dijeron todos que aquello no seria nada. A mi compañero se le ocurrió que algunas cataplasmas de harina de linaza la convendrian, pero como no se las hubiese aplicado de ajos molidos y guindillas picadas, no habia otra cosa en el barco de que componerlas. Bajáronla al camarote, donde se tendió sobre unos baules. La infeliz juraba, que no parecia sino que se las queria apostar con Satanás en persona. Yo, que tenia entonces muchas mas ilusiones por las mujeres que tengo ahora, me convencí con aquello de que el amor y la ternura son dotes naturales del bello seco. Así pasamos aquel dia y el estrecho de Gibraltar. Al anocheecer vuelta al rancho y vuelta á convertirnos en fráguas. Teníamos hambre y temíamos la hora de comer. No sabíamos cómo hacer para distraernos. Al dia siguiente vientos contrarios, y caminábamos bordeando. Pero al tercero fue lo bueno.

Habia entrado la noche dos horas antes á lo menos de lo que debiera, tan cubierto y asombrado de nubes estaba el cielo, y no se veian los dedos de la mano. Las olas de la mar rujian calenturientas, como si hubiesen probado de lo que comíamos. De cuando en cuando nos deslumbraba un relámpago que semejava á los ojos de Lucifer

que se asomaba á las nubes. El barco iba tan cargado que navegaba casi debajo del agua. El patron parecia cuidadoso, y yo casi deseaba que nos anegáramos, por no volver á comer mas picante. Temblaban los palos de la balandra temerosos de la tempestad. Mandó el patron recoger rizos, y oíase un ruido lejano, como el de una populosa ciudad amotinada. Cualquiera otro que no hubiéramos sido nosotros hubiera sentido temor, solos en una avellana en medio del Océano, próximos á estrellarnos contra las rocas de San Vicente, y amenazando un temporal espantoso. El comisario y yo aquella noche no sabíamos donde hacer la rueda, como dicen vulgarmente. Parecióle al buen hombre, y me lo comunicó con afecto, porque á pesar de sus iras tenia buen fondo, que no habia mejor sitio ni mas á propósito para descansar que la popa, mientras los otros se habian recojido en la cámara unos sobre otros, como podian, porque en la bodega no cabia mas que el trigo de que iba llena. Seguí su consejo, porque ademas de ser hombre de mas experiencia que yo, no me atreví á contestarle de miedo de que se irritara. Poco tiempo permanecimos allí, y no manifestó mucho tino en la eleccion de sitio. Un maldito palo cruzaba por cima de nuestras cabezas, aforrado en lona, con tanto ímpetu, que recojidos y en cucullas como allí estábamos, teníamos que bajar las cabezas, cada vez que bramando pasaba sobre nosotros. A cada paso teníamos que agachar para que no nos desbaratara los cráneos con su empuje. Nos entró tal sofocacion y angustia con el continuo movimiento, que ni respirar podíamos. Por último, tuvimos que irnos de allí, y no sabíamos adonde. Propúsele bajar á la cámara, aunque allí nos ahogáramos de calor, tanto mas, cuanto que la tempestad empezaba ya, y comenzó á diluvir con tal furia, que estábamos ya hechos una sopa, y allí estorbábamos para la maniobra. Si permanecemos mas tiempo, vamos al mar sin remedio. Los olas se llevaron la obra muerta, y el viento quebró el maldito palo, causa de nuestra agonía. Recojimos á la cámara donde todos estábamos como almas en pena. Habia en ella una estampita de S. Genaro, y un farolito á sus pies daba una luz moribunda. La enferma tirada sobre un baul, divertia sus dolores con sus blasfemias, á su lado estaba su marido sin decir palabra, con una cara que no habia mas que pedir. Los demas revueltos y enre-

dados unos en otros como los ajos de las ristras. Quedámonos el comisario y yo en la escalerilla hechos un ovillo. Uno de los viajeros tranquilos que habia entrado gordo y estaba ya acartonado, no hacia sino vomitar. Las otras dos mujeres seguian su ejemplo. No sé qué se me ocurrió, que se lo comuniqué á mi compañero, y respondióme él algo que me hizo reir. Parecióle esto mal al esposo de la moribunda, y me preguntó si yo creia que aquella era hora de reirse. Contestéle con insolencia me dijese á qué hora le parecia á él que me habia yo de reir, con lo que, sin mas ni mas, se dirigió á pegarme con el puño levantado. Los vaivenes del barco que parecia un zarandillo arrebatado por las olas, la estrechez del sitio, y la mucha jente que estaba apiñada, le hizo perder el equilibrio y sacudir el golpe á uno de los catalanes. Encolerizóse éste, y sacudió á otro, y enredámonos todos á golpes. Rompióse el farol, y se apagó la luz. No se oían sino maldiciones y los bramidos del mar. Parecia aquello el castillo encantado de la zarabanda con lo de ande la zarabanda y repiquen las campanas. En fin, sosegámonos porque no habia otro remedio, y fuimos saliendo unos tras otros á cubierta. Amanecía ya, y habia amainado la tempestad, que no fue poca fortuna que durase tan pocas horas. Sacábamos unas caras que nos mirábamos con horror. En esto el sol salia de las olas brillante de esplendor y belleza, la brisa fresca y apacible rizaba las olas mansamente, aunque algo alteradas de la pasada borrasca, y las nubes que quedaban acá y allá se teñían de color de grana. La balandra vogaba lentamente como una boya en medio de aquella sábana inmensa de agua. Respirábamos nosotros con codicia el aire suavísimo de la madrugada. A mí me pareció que habíamos salido del caos. Los sucesos de la noche pasaban por mi cabeza como desvarios de una fiebre. Yo no cesaba de contemplar el sol que poco á poco subia sobre un trono de nubes de fuego, esparciendo luz y alegría al mundo. Las olas reflejando sus rayos parecian de oro. No me acuerdo en toda mi vida de mañana mas hermosa. Sino hubiera temido su mofa, en mi arrebató hubiera corrido á abrazar á mis compañeros. Fue el único momento del viaje en que no los odié. Hacia rato ya que estabamos sobre cubierta cuando vimos salir de la cámara con el cadáver de su mujer al hombro, al esposo que atrapó aquella gan-

ga en Rusia y habia hecho la felicidad de su vida. La pobre mujer sin duda habia espirado entre los apretujones y puñetazos de la quimera de la noche pasada. Quizá habria alguno, descargando á bulto sobre ella, precipitado su muerte. Venia tan estirada y tiesa sobre su marido, y tenia tan contraida la boca que se conocia habia muerto profiriendo alguna de aquellas lindezas que tanto la habian agraciado en su vida. La cara del marido parecia de acero con cierta mezcla de cólera y resignacion. La traia á cuestras y no nos miró á ninguno, y llegando al borde del buque la cojió en brazos, la miró un momento, le asomó apenas una lágrima que parecia no mojaba, y la tiró al agua diciendo, *al avio*, y arrojóle redondo y seco. Las olas escondieron el cuerpo, volvió el marido tranquilamente la espalda al mar y seguimos nuestra navegacion con la misma indiferencia que iba el buque cortando las olas. Yo no sé si envidié la suerte de aquella mujer cuando de allí á poco tiempo nos pusimos á comer. En fin llegamos á Lisboa que yo creí que no llegabamos nunca. Hicimos cuarentena que fue tambien divertida, visitónos la sanidad y nos pidieron no se que dinero. Yo saqué un duro único que tenia y me devolvieron dos pesetas que arrojé al rio Tajo, porque no queria entrar en tan gran capital con tan poco dinero.

JOSE DE ESPRONCEDA.



ESVERO Y ALMEDORA.

POEMA EN XII CANTOS

POR D. JUAN MARIA MAURY.

(Autor de l' Espagne Poétique.)

La musa épica castellana acaba de enriquecer los florones de su corona con otro nuevo joyel no menos subido en valor, ni de menos quilates que los engastados por Ercilla, Lope, Balbuena y Hojeda; produccion acaso mas orijinal y sin disputa de mas esmero y mayores primores que los poemas de aquellos afamados injénios. Celebremos á porfía, que con sus grandes dotes de poeta haya acometido el Sr. Maury una obra del alto vuelo y de las calificadas condiciones que pide una epopeya; plausible audacia, que se ha trocado en triunfo insigne, procurando gloria á un tiempo para su nombre y nuevo y casi olvidado timbre para la literatura patria, á quien, con su *Espagne Poétique* habia ya sabido engalanar con bellísima auréola.

Hemos acercado á manera de parangon con el nuevo, *La Araucana*, *La Jerusalem*, *El Bernardo* y *La Cristiada*, por ser estos poemas los que mas descuellan en nuestro Parnaso, manifestando asi desde luego la estimacion que en nuestro ánimo se ha adquirido la obra del Sr. de Maury. Y hemos descartado el largo inventario de otros épicos castellanos, que se cuentan por centenares, porque al lado de la composicion que analizamos, no merecen figurar, ni *La Bética conquistada*, ni *El Monserrate*, ni *La Invencion de la Cruz*, sin que por esto dejemos de confesar que se encuentran de vez en cuando trozos de gran mérito en sus cantos, asi como en *La Hispalida* de Luis de Belmonte (1), en *La Conquista de Antequera* de Rodrigo de Carvajal (2) y en otros menos conocidos.

(1) MS. en la biblioteca Colombina.

(2) Impreso en Lima en 1627.

La cumbre épica se ha manifestado poco menos que inaccesible para las musas castellanas, y si se considera que el subir allí fué el objeto de tantas ambiciones, y que ha dado al traste con los alientos y los brios de nuestros mejores poetas; fuerza será confesar que ha tenido desgracia en esta parte nuestra literatura, ó bien creer que existiese en ella alguna dificultad extraordinaria para conquistar un Ariosto, un Tasso, un Camoens, un Milton ó un Klopstock.

Parecía, al contrario, ser el género épico el destinado para dar mejores lauros á nuestras musas: ¿qué lengua entre las modernas podría reclamar la sonoridad y número de la latina, la flexibilidad y riqueza de la griega, la majestad y dulzura de entre ambas, y el atrevimiento y color de los idiomas orientales, hasta el grado ni con mucho que se goza en la que se habló en España durante el siglo XVI? Y si por hazañas y prodigios que cantar, ¿qué archivos mas ricos? ¿qué tradiciones mas patrióticamente sagradas que las que formaban las creencias de este pueblo en aquel siglo de esplendor? Si hubiésemos de dar crédito al Sr. Maury en una de las sazonadas paradojas que, en forma de notas, ha salpicado aquí y allí al remate de su libro, esa misma riqueza histórica hubiera sido el principal inconveniente para el poeta épico. Digamos, con mas fundamento, que á esta cuestion se aplica aquello de no ser siempre lo mas verosímil lo que sucede; ofreciendo uno de los muchos ejemplos en donde el cálculo de las mas lisonjeras probabilidades, viene á ser desmentido por el desengaño de la realidad y los resultados.

En fin, si como pretenden otros es solo don de buena fortuna esto de poseer tal ó tal pueblo una buena epopeya, tratemos ahora examinando el poema que hemos anunciado, de averiguar hasta qué punto nos haya al cabo favorecido la suerte.

El asunto del poema reciente que vamos á examinar, está tomado del *Paso-Honroso*, empeño que mantuvo en la puente de Orbigo el virtuoso, como entonces se decía, Suero de Quiñones, caballero del tiempo de D. Juan II; para rescatarse, rompiendo trescientas lanzas, del cautiverio que tenía con cierta señora de alta guisa, y por señal del cual, traía todos los jueves un fierro puesto al cuello. La relación de aquella justa famosa, corre impresa con la crónica de D. Al-

varo de Luna, y la celebró también linda y poéticamente el Duque de Rivas, descendiente del mantenedor. El Sr. Maury, devoto fiel de la eufonía, ha cambiado, con una leve y motivada modificación, el nombre de Suero en el de Esvero, dejándolo así mas adecuado para la belleza de la dición, y mas propio para enlazarlo con el linde de Almedora, nombre de su heroína, formando los dos el sonoro conjunto: *Esvero y Almedora*, título del poema.

Como en nosotros no asiste, cual en el autor, la idea de mantener en misteriosa suspension la curiosidad de los lectores, no seguiremos su método, y entraremos dando á conocer desde luego fábula, tema y arcano de su obra.

El rey don Alfonso IV de Castilla, abdicó en favor de su hermano Ramiro, á quien llamó á este fin á Zamora, y le entregó el cetro con su propia mano. Pero arrepentido poco tiempo después, lo quiso reconquistar y fué vencido.

El vencedor le mandó sacar los ojos, y trató del mismo modo á los dos hijos de Fruela, llenando de terror á cuantos se hallaban en el caso de hacerle sombra. D. Alfonso, además de su heredero Ordoño, tenía otro hijo llamado Raimundo, quien, con justa razon, procuró ponerse en salvo.

Hacia la parte occidental de Asturias, debió de existir un pais estenso, el cual se llamó la Helbrida, casi rodeado por un rio caudaloso, que corriendo primero de norte á mediodia, vuelve su curso al norte para desaguar en el golfo de Vizcaya. Este pais tan poco conocido hoy dia, y que, segun lo visto, ha perdido el nombre, era tambien en aquella época un lugar casi ignorado, por lo ágrío y silvestre á par que remoto: allí fue donde el infante D. Raimundo creyó proporcionarse el mejor abrigo contra las persecuciones de su tio inhumano. Aquí se atrincheró de mil modos, y fundó, bajo el título de Condado de Altano, un estado independiente. Queriendo asegurar para los suyos en lo venidero un auxilio inespugnable, como lo había tenido él, creyó deber no fiar tan importante defensa, sino á su descendencia masculina.

Como quiera su ley sálica demasiado opuesta á las costumbres españolas, orijinó en su casa grandes disturbios, con especialidad recientemente entre el padre de Esvero y el de Rosalinda, uno sobrino que fué, y otro yerno del conde

predecesor. Heredó el condado el sobrino, y jamás le perdonó á su deudo el habérselo disputado.

Amábanse ya los primos, cuando se encarnizaron aquellas disensiones funestas; hubieron de dejar de tratarse, y renunciar á ver consentida su union; pues era el padre de Rosalinda incesorable, tan arrebatado como despótico, llevando hasta el último punto la soberbia hereditaria en la casa de Altano, y la energía de voluntad á que no se igualó ninguna.

Antes de Rosalinda le habian nacido al conde dos gemelos, Raimundo y Palmira, tan estremadamente parecidos, que no habia quien no los pudiese equivocar el uno con el otro. Fué imponderable su mútuo afecto; siempre inseparables tuvieron la misma enseñanza, y acabó la sin par Palmira por adoptar las costumbres varoniles. Adoraba el padre en su heredero; era su único varon, y si llegase á faltar, recaeria el condado en el hijo de su enemigo.

Acompañado de sus dos gemelos, cual era su costumbre, se entregaba un día el conde Altano al recreo de la montería, tan grato á los príncipes, cuando ¡trance cruel! segunda vez vertió un oso sangre de Pelayo. Raimundo acometido erró el golpe, y cayó víctima de la fiera. En trance tan funesto concibe el conde una idea violenta, estremada, si bien se explica con el carácter que se le atribuye y ejemplos de lo que pudieron las parcialidades y odios de las casas feudales en la edad media. Ecsije de su hija Palmira, dotada de los alientos de un héroe, no menos que de la hermosura de una diosa, que deje su nombre en el sepulcro para ocupar en el mundo el lugar de su malogrado hermano. Pero oigamos á la infeliz jóven ella misma relatar los motivos y trances de tan estraña como verosímil determinacion.

« ¡Que voz de un padre idólatra que tanto Todo afecto estremó, dice el martirio!
Su rostro, hinchado cada nervio, espanto
Pone, es mas que dolor, mas que delirio.
Fijos los ojos cárdenos, sin llanto,
En aquel infeliz, segado lirio;
Trémulo, alzado el pecho, el labio mudo,
Que ni un gemido desprenderse pudo;»

« Sentado al pie de un árbol, sostenia
Hermosa aun la ecsámene cabeza,
Menos fuera de sí. Buscaba pia
Acentos de consuelo mi terneza.
Parecióme advertir que me atendia;
Cuando alzado con súbita presteza,
Y al punto arrodillándose delante
De mí, prorrumpe en tono suplicante:»

« Si, sola puedes consolarme: el hijo
Que perdí vuélveme! Creí demente
Mi pobre padre con la pena. Fijo
En la actitud impropia: « Si consiente»
Clama tenaz mi mano asiendo, «ecsijo
Este pago de tí, sirve igualmente
Odio y amor. Sí: tú, Raimundo Altano,
Jura, tu mano en la difunta mano.»

« Jura, lo harás. » Absorta.... sin sentido
Ni reflexion.... aquella sangre.... aquella
Helada mano.... un padre así.... temido....
Amado.... En fin, mi suerte me atropella:
Juré. Cual si á su paz restituido,
Mi padre entonces: « ¡Enemiga estrella!
Benéfica ilusion burle tu saña,
Mientras mi acerba desventura engaña.»

« Mis ojos á Raimundo, el alma mia
A mi Raimundo seguirá gozando;
Renovarse en Raimundo todavia
Mi ecsistencia veré, mi honor, mi mando.
Y tú, contrario odioso, á quien seria
Tan dulce la afliccion que estoy pasando,
No la sabrás, no próspero te ufanes,
Y aguantaré mas bárbaros afanes.»

« Tú, de ese traje femenil, en nada
A tus hábitos, apto y aficiones,
Despójate: de hoy mas serás nombrada,
Eres Raimundo: ostenta sus blasones.
Vas de cien reyes á ceñir la espada,
En cambio de las gasas que depones:
Tal, mientras viva mi ofensor ingrato,
Al juramento que ecsijí te ato.»

« Obedecí: trocados los vestidos,
Voy á el alcazar á anunciar mi muerte
Yo misma... »

Y Palmira entonces amaba á Esvero con toda la energía de un alma, á quien habia transmitido su padre no poco de la suya.

Murió el conde del dolor que no fué parte á templar el trueco ó sustitucion fatal de Palmira en Raimundo, concebido en odio de la familia de Esvero.

Con él desapareció la valla entre Rosalinda y Esvero; y dejó á Palmira seguir pasando por Raimundo: en vano en los últimos instantes del padre habia instado por ser relevada del fatal voto su desventurada hija. Dejémosla hablar otra vez.

« Nuestro padre murió: no su iracundo
Teson es de pensar le sobreviva;
Al primo amante es fuerza que Raimundo
Con la antigua amistad trate y reciba....
¡Vision, sin propio ser, difunta al mundo;
En mí misma enterrada, ardiendo viva;
De mis contrarios presupuesto amigo;
De mis agravios natural testigo,»

« Autorizante, cómplice, instrumento!...
No; desde que el amor destroza impío
Los corazones, suerte igual tormento
No se ideó que se compare al mio.
Huyo: busco otra patria, otro elemento;
Aridas zonas, ártico baldío,
Cordilleras de Iran, líbicos llanos:
Descubro otro hemisferio, otros humanos.»

« A este alma ardiente un el amor desecha,
Y ansiaba, huyendo de él, ávida empleo,
La creación ha parecido estrecha!...»

Hé aquí los datos de donde ha sacado el autor del poema que nos ocupa un personaje tan nuevo y extraordinario como natural y verosímil, colocándola fuera de los términos de otra enamorada, y llevándola á la esfera de lo maravilloso por la fuerza misma de su violenta posicion.

El oriente le abrió los escrutinios
De sus Magos, Caldeos y Braminios;
El occidente el manantial del oro: »

Y bajo el nombre de Almedora, sembrando beneficios y portentos, obtuvo imperios y altares.

«De una selecta criatura plugo
Al cielo esclarecer jénio y belleza;
La suerte en bienes la colmó, su yugo
Sorprendida aceptó naturaleza:
Mas, de su pecho ha bárbaro verdugo
Sido el amor: dominacion, riqueza,
Jénio, beldad, nada la sois: Fortuna,
Todas sus glorias marchitaste en una.»

Sígala el que alcance á tener en sus manos el libro de nuestro poeta, siga á la adorable heroína, si ya no en sus actos de soberana benéfica, ó en las maravillas con que, poderosa maga, hermoseó los campos que habian de ser de su dueño, si ya no en las intrigas y ardides con que, flaca mujer desdichada, procura resistir su mal; contéplela al menos (que no será sin emociones de interés simpático) en las esplosiones de aquella alma apasionada, en los raptos de aquel pensamiento altivo y sublime, y en las angustias de aquel corazon tan tierno como valiente. Ora bañada en llanto, vierta sus penas en el seno de su confidente Eldiza, y acabe la pasion por estraviar su idea y su lenguaje hasta ilusiones del sentido; ora huya, casta enamorada, cuando su labio imprudente libó en realidad un fuego que enciende la sangre de sus venas: y pide remedio á la nube, consuelo á la noche, acogida á las estrellas; con cuyos moradores (vivo siempre en ella el orgullo hereditario) presume competir, merced al poderoso estímulo y resorte que en su corazon encierra; ora declare su amor suplicante y trémula; ora desdeñada, se resienta con la indignacion y vehemencia propias de su altivez de Reina; ya irritada por la vista de amantes felices, pida en su ecesasperacion modo de acabar de un golpe con el mundo todo; ó ya, en fin, cuando, oidas sus postrimeras revelaciones, se la creyera resignada, y la vean venir, improvisa y terrible, á combatir con las armas, en duelo á muerte, á su adorado enemigo, siempre el lector la contemplará sublime, tierna, amante, audaz, jenerosa, y sobre todo siempre interesante.

Si analizamos este carácter nuevo y orijinal, por fortuna no grande siempre para procurar así mas interés, reconoceremos en él una individualidad peregrina y poética, creacion única de heroí-

na que con ninguna puede confundirse precisamente por la naturaleza mista de su índole. Combinó el poeta (y así lo insinúa en sus notas) lo heroico, ó por decirlo mejor, lo poético ideal con la verdad de la condicion femenil. La fantástica semi-diosa, que apenas la puede concebir la imaginacion del lector, nos representa, al propio tiempo, una persona á quien hemos podido conocer; alguna jóven enamorada de un su pariente muy cercano, y del que sus mismos vínculos son la brecha mas ancha que los separa. Y de tal modo, los afectos en Almedora pueden bajar hasta los confines de la mujer de llana condicion, y subir y rayar mas alto que los de otra cualquiera lastimosa amante inmortalizada por la poesía. Es creacion este carácter de gran valentía y novedad, en cuya parte principal y sin disputa de mas valía en una epopeya, hace ventaja á cuantas le han procedido el poema actual castellano.

En una de sus dilatadas peregrinaciones, por una caravana de Alepo, la infeliz hija del terrible conde de Altano supo la muerte del enemigo de su padre. Llegado entonces el término de su voto, libre al fin de descubrirse al mundo, regresa á España, á disputar abiertamente el corazon del que ha tenido que adorar en secreto.

Un caballero venido de Oriente se presenta registrando la escena en el primer canto: oye de boca de un paje el objeto de las justas de que ha estado contemplando con zozobra los preparativos, y se cerciora que son los preliminares de las bodas de Esvero y Rosalinda. Ese caballero era la desventurada amante que se aleja precipitadamente, resuelta á emplear cuantos medios y artes esten á su alcance para contrarrestar el écsito.

De ahí saldrán los obstáculos con que tiene que combinarse toda accion épica ó dramática: pero el ser aquí el constante y único móvil de ellos la heroína del poema, hace que respecto al plan radical, no menos que al gran carácter que acabamos de encarecer, le demos la preferencia á *Esvero y Almedora* sobre otras de las mas celebradas epopeyas.

Por Almedora se suspenden las justas, á cuyo efecto emplea el ministerio de su donosa confidente Eldiza, papel tambien nuevo; jóven afectuosa cuanto agraciada y advertida, que no alienta ni vive sino para su señora adorada. Esta Eldiza es un *Scid* de femenino jénero: jamás trabaja por su

cuenta propia, todo el blanco de sus afanes es Almedora. A nadie ama, á nadie vé, nada le puede sino su señora; ésta es un ser que arroba todo el suyo, una luz que absorbe toda su alma, toda su vida, toda su ecsistencia. Sea ó no posible este carácter en el seco hermoso, porque tanto no queremos apurar; ello es cierto que le deben todas las mujeres proclamar un voto de gracias al Sr. Maury por lo sumamente galante que ha estado con la mitad del jénero humano. Almedora ordena modo de atraer á Esvero á su encantada Helbrida; ocasion primera del gran nudo de la accion, que es la persuasion de este (obra tambien de ella) de que le es traidora Rosalinda; de donde se orijnan afectos en el corazon, asi lastimosos como arrebatados, y combates con la espada que darian honor á los mas audaces ó fantásticos de los caballeros de la *Tabla Redonda*.

Ha descubierto que el amigo de Esvero y su hermano de armas, Bazán, de quien ella fue amada en sus niñeces, ha venido, despues de su supuesta muerte, á prendarse ciegamente de su hermana Rosalinda. Atráele, tambien por diligencia de su sagaz Eldiza, hasta el paraje en donde está su sepulcro. Allí se le aparece tenida por su propia sombra, y hablándole á nombre del cielo le anima á que aspire al logro de la pasion porque jime creyéndola un delito.

Al mismo tiempo, otro rival mas temible para que se aproveche del enojo sembrado entre los dos amantes, se le tiene Almedora preparado á Esvero, en el brillante y seductor Alfredo, príncipe de Onsiño.

Nada aprovecha; los obstáculos que va suscitando sucesivamente se van desvaneciendo uno tras de otro. La infeliz enamorada, aventura en fin la última forzosa y decisiva prueba. Prepara el obstáculo mayor, y que para vencerlo era necesario ó las prendas de aquel cumplido caballero, ó la austeridad de un anacoreta. Esta gran crisis es la entrevista de Esvero y Almedora, donde, declarándose, despliega la enamorada y portentosa beldad todo el lleno de su poder y el inmenso tesoro de su hermosura y atractivos.

Resiste Esvero, pero todavía no ha acabado de vencer á la poderosa triade de Almedora, Palmira y Altano: la desdeñada amante recuerda el orgullo de su estirpe, junto con el resentimiento de muger ofendida, y viene á combatir á Es-

veró á todo trance, cuando éste, ya triunfador en las justas, solo pensaba en gozar el fruto de su denuesto.

Es vencido el falso Altano, sin que Esvero haya usado de mas arma que los brazos para triunfar de su contraria hermosa. Esta huye del campo de batalla, y á poco elevándose en una, al parecer nube mágica, de entre la muchedumbre que la contempla, revestida ya del traje de su seco, despues de dar aun muestras de su altivo enojo, vuela á rejiones desconocidas.

Hé aquí en sustancia la fábula y accion del poema del Sr. Maury, y el diseño de la gran figura, eje de su movimiento. Sobre algunos mas actores de nota, entre los cuales descuella, por supuesto, el héroe que ha prestado tambien su nombre al título de la obra, abundan caracteres secundarios, sin tomar en cuenta multitud de accidentes, episodios, novelas y cuentos que se cruzan con la accion, entretienen y divierten á voto de algunos, mas de lo que debieran.

Como el autor quiso escribir un poema arióstico, estos accesorios son de entonacion vária, ya familiares y aun grotescos, ya severos y sublimes, uniendo lo terrible con lo lastimoso y el chiste con la alta razon. Sin calificar la bondad absoluta de este género, no fuera defecto para nosotros aquella selva de aventuras y mosaico de estilos, si la marcha de la accion principal del poema se mostrase tan perspicua y aparente para los ojos del lector como es en sí misma, y si este viese desarrollarse y percibiera la série de los sucesos conforme se tejen en la relacion ó se barajan en la marcha del poema. Pero el lector á veces mira y no vé, contempla y no conoce, observa y no discierne.

El plan orgánico de la obra resulta no menos sencillo que adecuado para recibir, al arbitrio del poeta, el pleno desarrollo de su fantasía. Las nociones que sirven de fundamento á la fábula, son tambien causa suficiente de los sucesos, y explicacion de ellos y de los caracteres, por extraordinarios que alguna vez parezcan unos y otros. El odio y la rivalidad del jefe de una familia casi soberana, y los mandatos del conde Altano que colocan á su hija en el lugar de Raimundo, prestan sobrado fundamento para el motivo de la fábula. Esta idea feliz, cuanto sencilla, le da toda la verosimilitud y decoro al carácter de Almedora. No hay nada, por ella, de gratuito ni

de inconveniente en el poema. No conocemos en composicion alguna de cualquier jénero motivo mas fecundo ni adecuado. Asi se vé que bosquejó su primer diseño el autor con suma detencion y meditado esmero, pues quien estudie el poema hallará que todo está motivado, todo desenvuelto progresivamente: no suelta de la mano el ovillo conductor por medio de los mil sesgos de su laberinto, ni se vé que hilo ninguno se le enrede entre los dedos. Lástima que para reconocerlo sea menester estudiarlo: que no haya el artista ido preparando á su público al paso que preparaba los efectos, y que haya maniobrado, como quien dice, por debajo de cuerda.

El interés que resulta de irse enterando el lector, ó de siquiera entrar en sospecha de las causas ocultas del poema por algunos avisos dados á tiempo, el autor de *Esvero y Almedora* lo ha querido sacrificar á la sorpresa y pasmo de una última escena, dispuesta por medios inesperados. Ha creído que defraudaba el desenlace, último grande efecto de un drama épico, sino guardaba religiosamente la clave de la máquina, sino reservaba cuanto podia, el misterioso arcano en que fundó su complicada composicion. Ciertos pasajes concebidos á modo de oráculos sibilinos, algunas revelaciones que suelta, casi mal su grado, ni fijan bastante la atencion, ni estan los lectores dispuestos á traher los folios donde se les recuerde haber visto algo que les serviría acaso de brújula en medio del golfo por donde camina.

Peca pues el poema del Sr. Maury en la parte intrínseca que toda epopeya regular tiene de novela. Mas como al fin todo se esplica y aclara, el defecto que censuramos deja de ecsistir para quien vuelve á leer la obra, y no es esta en verdad de las que no se leen mas que una vez. Ni se parece una gran poesia al frívolo novelar sin mas mira que la curiosidad del lector, y sin interés cuando la haya satisfecho.

No basta, ni con mucho, cuanto dejamos escrito para calificar debidamente una composicion tan vasta, llena y variada: esto es difícil sin leer el poema. Los versos que hemos citado, ya sea por su corto número, ya por la naturaleza de la materia en que hubieron de versarse, no son parte para dar una idea del desempeño artistico de la obra. Los lectores de nuestro periódico gozarán de tiempo en tiempo algunos trozos que nos proponemos extraer de ella. En tanto podemos ase-

gurarles, como se dice, para su gobierno, que el crítico traductor Maury que compuso la *Espagne Poétique*, consagrándose á la gloria de las musas castellanas, dando á conocer nuestros poetas á la Europa en toda su originalidad, y presentándolos con la figura, talle y aun los arreos que á cada uno le pertenecen; el autor, en fin, que entonces conquistó para sí un lugar distinguido entre los escritores de la culta Francia, manejando majistralmente su quebradizo idioma, en prosa y verso, ese mismo acierta á ser el que maneja el verso castellano con incomparable maestría. Dotado de un oído tan delicado como escacto, familiarizado con los estudios de la armonía música, versado en la métrica latina como en la castellana, es su versificación un compuesto continuo de sonoridad, melodía y número; son sus octavas un modelo que deberán estudiar día y noche los que se atrevan á dedicarse á esa difícil y noble rima, y escribir de una manera digna otro poema; y el que logre llegar adonde *Espero y Almedora*, dése por satisfecho, pues no hay mas allá. En unas mil y quinientas estrofas, todos son consonantes selectos, ni una sola podrá hallar el pesquisidor mas criminal y difícil que se fabrique con la cansada triplicación de esos imperfectos y participios, que son como la metralla de nuestra silva, tan socorridos para los rimadores poco escrupulosos; y que en verdad merecen alguna indulgencia, empleados en obras de tal calibre. Pero cuando nuestro poeta admite algunas de estas rimas separadamente, las alterna y teje con otras de distinto origen, por donde ellas mismas, sirviendo á la variedad, producen un buen efecto; y esto es lo menos, si se atiende á la espontaneidad y bella canturía de los cuartetos; y que la segunda parte en vez de decaer (achaque comun de este ritmo), casi siempre escede en bondad á la primera. Si á esto se agrega la destreza con que empalma un verso con otro, cuando á mano le viene, el modo de medir el pensamiento, acabando siempre ajustado á la cadencia; lo nítido de la dición, lo nuevo de algunos giros, lo gentil de otros, y lo castizo de todos, habremos de proclamar á Maury por el rey de la octava rima, y aun del decir poético. Los aficionados podrán elegir para encomendar á la memoria, trozos de este poema, tan varios y diversos, como su gusto y particular predilección se los pida. Hallarán descripciones

ricas y felices, escenas tiernas, historias de enconstrado estilo, desde lo terrible hasta lo mas picante y chistoso.

Sobresale el Sr. Maury por todo estremo en el manejo del pincel, pintando con delicadeza, fidelidad, brillantez y vigor, segun y como conviene á su propósito y conforme á los objetos que se le ofrecen, ya sombríos, ya amenos; ora los busque en las obras de la naturaleza misma, ora los encuentre en las ilusiones de la idea. Dueño de todos los recursos del idioma, no hay dificultad que no venza, ni pensamiento que no espresese felizmente, á veces con valentía asombrosa, á veces con picante originalidad, siempre en un lenguaje rico sin superabundancia, y puro sin afectación. Hombre de mundo que conoce á los hombres, y que ha podido estudiar en otros como en sí mismo, porque habrá pasado por ellas, las borrascas del corazón humano; el Sr. Muray no es menos acertado en retratar las pasiones, en ponerlas en juego, y en reproducir los combates, los fracasos, los destrozos, así como las dulces peripecias que enjendra la facultad de sentir.

« Prenda celeste, ó don del sentimiento,
Ya feliz, ya fatal dádiva al mundo;
Arbol vivaz de lágrimas sediento,
En frutos sabrosísimos fecundo:
¿Cupo mas suerte al que te ignora escento,
Que al corazón enérgico y profundo,
Donde el voraz dolor fácil se ceba,
Mas, que un rapto de dicha al cielo eleva?»

« Ledo insectillo, libre como levé,
Goza y compite del abril las galas;
Ya néctares y aljófares se llevé,
Ya al sol estienda el iris de sus alas.
En pos del oro suyo, ópalo y nieve
Persiguiéndole van lindas zagalas;
A quienes él, con táctica festiva,
Hace que aguarda, y burlador esquivo.»

« Ved ya el alado licencioso, amante
De esa nítida luz ¿con cuál apego
La estrecha, y jira en torno revolante
Despojos dando al suspirado fuego?
Tal vez mano benéfica le espante,
Por separarle del empeño ciego;

Mas él se obstina y anheloso llega,

Y al beso abrasador la vida entrega.

ESVERO Y ALMEDORA, entrada al Canto V.

Si la fábula está bien conducida, si en los episodios hay variedad gustosa, y en la dición un esmero que el artista solo puede apreciar, en el estilo ha querido ser novador el Sr. Maury. Se ha esforzado en muchos trozos por darle á la lengua la concisión y nervio que algunos filólogos le echan de menos, alabando por otra parte lo sonoro, elevado y significativo de ella. Entonces no está contento, si cada verso no es una sentencia, si cada palabra no es un pensamiento, si cada octava no estalla á fuerza de estar rehenchida de ideas, y de ideas expresadas por el camino mas corto. Por los aciertos que ha logrado en este punto, el Sr. Maury formará séquito y acaso escuela; pero como todo novador habrá de sufrir lides y polémicas. Dirá defendiéndose que ha querido pulsar todo lo que es posible con la lengua castellana, y sus adversarios le sostendrán que lo que por su índole no es espontáneo y natural, está por demas el ensayarlo en los idiomas. Con tales discusiones no podrá menos que hacer adelantos la filosofía de la lengua,

El Sr. Maury, entretanto puede hacer gala de gran poeta y de estremado versificador, y en su *Esvero y Almedora* (1) resalta esa union peregrina del saber y del injénio que tanto nombre le ha de adquirir, así en los nuestros, como en los confines estraños. La imaginacion del autor ha deramado tantas y tales riquezas en su obra, como en su prodijiosa Helbrida la Semidea Almedora; y el lector al concluir el poema y segun la idea que se pinta de aquella celeste beldad, diera de barato su poder y sus riquezas, y contentárase con encontrarla al lado sin aparato ni prestijios para desenojarla de las sinrazones y de los sinsabores del amor.

S. E. CALDERON.



(1) Se halla este poema en la librería de Sojo, calle de Carretas; y la *Espagne Poétique* en la de Poupert, calle del Arenal.

À MATILDE.

Londres, 1832.

Aromosa, blanca viola,
Pura y sola en el pensil,
Embalsama regalada
La alborada del abril.

Junto al márgen florecido
De escondido manantial,
Solo avisa de su estancia
Su fragancia virjinal.

Allí el aura sosegada
Con callada timidez,
Hiere apenas cariñosa
Su donosa candidez.

Silencioso el arroyuelo
Con recelo pasa al pié,
Y ni dice su ternura,
Ni murmura su desden.

Y su imájen mira en ella
La doncella, con rubor;
Que es la viola pudorosa
Flor hermosa del candor.

Tal, Matilde, brilla pura
Tu hermosura celestial,
Y es mas cándida tu risa
Que la brisa matinal.

Nunca turben esos ojos
Los enojos del amor,
Siempre añada tu alegría
Lozanía á tu esplendor.

Y el que brilla refulgente
Claro oriente de tu edad,
Nube impura no mancille;
Siempre brille tu beldad.

Mas si gala al valle umbrío
El rocío suele dar,
Porque aumente así tu encanto
Vierte el llanto de piedad.

Y venida tú del cielo
Por consuelo al infeliz,
Brillarás modesta y sola
Cual la viola del abril.

JOSE DE ESPRONCEDA.

LANCE FANTASTICO

SATISFACCION SOFISTICA.

Desde mi casa á la de mis dos amigos, median treinta pasos contados.

Un solo diablo nos puede vijilar á los tres sin gran trabajo, porque á mas de vivir en *vecindad* sucede que cuando salimos á *esparcir el ánimo* andamos casi siempre juntos.

Mis amigos y yó tenemos deliciosísimos ratos: solemos pasar las horas tras las horas tendidos en nuestras respectivas camas; y mientras allí los cuerpecillos se solazan á sus anchas, el espíritu de cada uno tiende á dilatarse y sufre tortura como en un lecho de Procusto, ó como si lo encubaran con el gallo y la mona; pero como estamos tan cerca cualquiera de los dos restantes podría oír, por ejemplo, el pistoletazo con que el que nos descabalara la cuenta, diera en la flor de cambiar este amable trato de los vivos por el no conocido de los muertos.

Nosotros, para podernos entregar de lleno á la *abstraccion filosófica*, buscamos de intento tiempo atrás una calle solitaria, y tal y tanto nos la deparó la suerte que cierto *cazador urbano*, el primero que se ha visto de su clase, eaza en ella con señuelo, gorrones en la mitad del día sin estorbo.

PRIMERA SERIE, TOMO I, 8.^a ENTREGA.

Tal es en sucinto la decoracion en que puede desenvolverse un drama el día menos pensado, y... reniego de la campanilla, que cuando la sacuden con esa fuerza se me crispan los nervios.

—¿Muchacho?

—Señor.

—Déjaló todo, y mira quien llama, no sea que ese forastero toque á gloria y me condene yó.

(Sale el criado, se oyen á fuera voces poco respetuosas. El criado cierra la puerta y vuelve á entrar.)

—¿Quién era?

—Un señor muy enfadado, que preguntaba por D. Miguel de los Santos Alvarez, y decia que el Señorito era el Editor responsable de EL PENSAMIENTO.

—Y venia enfadado y no le has mandado entrar?

—Yo le he enseñado la casa del Señorito Alvarez, y se ha ido allá, sacudiendo el baston con mucha rabia.

—Toma la bata, dame una levita, y á los que vengan enfadados éntramelos siempre.

Salí á la calle, y por muy pronto que anduve encontré ya que el *hombre* bajaba de casa de mis amigos. Lo fijé de hito en hito antes de hablarle, y al contemplar su catadura no podía atinar cómo le era posible darse por agraviado á sugeto de tan pacífica figura, que en verdad no me parecia por entonces sino un honrado elector del partido moderado con cincuenta años de edad.

Fuíme á él lleno de dudas, y le dije:

—Caballero ¿será V. el dentista, embriaga—beodolopon—el Persa, confeccionador de la ambrosía nectarizada?

—No, Señor.

—¿Es V. el relojero D. José?

—Yo no soy ninguno de esos, sino por lo contrario, lo que yo soy, es un hombre que ha sido militar, y que pisa la vida cuando indebidamente se le ataca por escrito: D. Miguel de los Santos Alvarez me ha ofendido bajo su firma en EL PENSAMIENTO, y de él vengo á buscar satisfaccion.

Aquí caí en sospecha de que el supuesto ofendido pudiese creerse, por analogía, uno de los dos oficiales retirados de las *Agonías de la Corte*, y le respondí:

—La vida, señor oficial, no la pisa quien la

pierde, sino quien la quita; y si V. viene á la prueba, yo he salido al encuentro de esa hazaña.

—No Señor, no Señor, el ofensor es mi enemigo, y ó no hay damas en la Corte, ó me ha de satisfacer.

Cada vez estaba yo mas confuso, y el extraño personaje afirmó su intencion desnudando el primer tercio de un ruin estoque. A todo esto sudaba como una esponja, y hacia jestos, á mi parecer ridículos, llenos de una cólera somera, pero muy sería.....

Miró hácia el alto, se frotó la frente,
Y ví que de repente,
Cual si tirára el diablo de la manta,
Movida á fuerza tanta,
Corrióse al *soberbio* la peluca
De la sien á la nuca,
Y quedó al aire limpia como bocha,
La que los chicos llaman calamocha.

Digo..... tal me parecia á mí ver que veía; pero como los nervios me traen visionario, puede que no fuese, y no fué ciertamente, como despues leyendo se verá ser todo culpa de mi imaginativa algo enfermiza.

Cuando el furioso incógnito se disponia á desnudar el arma, dióme ira, y á punto estuvimos de pelear sin condiciones ni testigos; pero el respeto debido á la amistad ató mi impulso, cuando dijo que el Sr. Alvarez no le dejaba entrar, porque sin duda sabia que iba de mano armada, y que por eso mismo hacia decir á sus criados que dormia, cuando eran ya las once de la mañana.

—Ni por pienso, caballero oficial, le respondí: los Editores de EL PENSAMIENTO duermen hasta que les dá la gana, y el que primero se despierta responde, ni mas ni menos que lo harian los otros, á cuanto quieran ecsijir sus enemigos. Yo siento que V. haya proferido esas últimas palabras que cambian de mano el compromiso; porque ha de saber V., que una de las mejores páginas de mis colaboradores es el sueño.

—Tengan paciencia, que una de mis apreciables dotes es el canto, y por el Sr. Alvarez estoy ronco de cólera.

—Pero V. quién es, ó cómo se llama?

—He dicho ya.

—Pues arribá vamos.

Y lo agarré de un brazo, y casi no podia el

retador, con el sobreamiento que llevaba por los tramos adelante.

Introdújelo en la sala, díle asiento, abrí el cuarto de mi amigo y hallé que dormia como cuando mamaba. Lástima me daba el despertarlo, porque despierto no se le vé nunca tan tranquilo, pero creí el caso llegado, y lo hice con fuerza, gritándole al oído:

—Levanta, Miguel, que afuera te aguarda uno de esos aparecidos sin fisonomía, del cual no se mas sino que te quiere matar.

Oido este mensaje por mi amigo, levantó la cabeza y dijo á gritos:

—Bien venido sea el contrario de mi vida, y mientras que me visto, sal y entretienlo para que no se arrepienta.

Volví á la sala y hablamos récio el retador y yo. Húbolo de oir Espronceda, con quien ninguna relacion tenia el caso, y saltó y dijo desde su alcoba:

—Enemigo hay, pues yo quiero pelear primero que ninguno, que he pasado mala noche.

Aquello se volvia barahunda; alborotábamos todos sin vernos los unos á los otros, y el desconocido tiró del estonquillo, atisbando por las avenidas entre asustado y mohino: dábame ya lástima, y me incliné á que tendria que ajustar la demanda conforme á la pobreza de su condicion material y poco espíritu; cuando cádate que por opuestas puertas salieron mis dos amigos, y caí en mas confusion al verlos como de improviso cambiaron los amenazadores jestos en sonrisa, y que corrieron con los brazos en alto á estrechar á quien por lo menos les hacia el agravio de interrumpirles el sueño.

Ibame amostazando aquella farsa, y no tuve mas tiempo que para adherirme á la siguiente escena, que se pronunció sin parar.

MIS AMIGOS.

¡Torremocha!

YO (á parte.)

¡Jesus, que demonio!

TORREMOCHA.

Señores, vds. han escupido la sátira sobre mi fama, y las damas y yo lo hemos tomado á ofensa.

MIS AMIGOS.

¿Nosotros?

TORREMOCHA (sacando un número del PENSAMIENTO.)

Sí, señores; vd. Sr. de Alvarez, en esta página.

ALVAREZ.
En honor á la verdad, no he sido yo.
TORREMOCHA.
¿Pues quién es el envidioso que así ultraja la especialidad de mi canto inspirado?

ESPRONCEDA.
Yo lo sé.

TORREMOCHA.
Dígalo pues.

ESPRONCEDA.
No haré tal.

TORREMOCHA.
Si hará.

ALVAREZ.
No digas.

YO.
Calla.

TORREMOCHA.
Señores, ese nombre necesito.

ESPRONCEDA.
¿Lo suelto?

ALVAREZ.
Guárdalo.

YO.
No lo pronuncies.

TORREMOCHA.
Ese nombre, ese nombre, vive Dios.

ESPRONCEDA.....
Es.....

ALVAREZ.
Piedad, amigo Torremocha.

ESPRONCEDA.
¡Un violinista!

TORREMOCHA.
¡La música! ¡la música!

Al espirar estas interjecciones doloridas, mis amigos cojieron ambas manos al agraviado, y me lo presentaron, diciendo:

—A tu frente está el jénio inspirado de las armonías sordo-mudas; jóven de 28 años, que con su canto arrebató los aplausos, y con su espresion y belleza, se lleva la atención de nuestras mujeres.

—Sí, dijo Torremocha, con inefable sonrisa, la admiración de los salones soy; y vds. por lavar la mancha de la envidia, deben darme una satisfacción por escrito.

TODOS.
Así lo haremos.

ESPRONCEDA.
Por causa del violinista.

TORREMOCHA.
Ese debe morir.

NOSOTROS.
Ya no existe.

TORREMOCHA.
Júzguelo Dios en su juicio.... pero vds. no omitan darme la satisfacción que escijo.

Saludónos á todos Torremocha, y muy lleno de sí mismo se salió á la calle: y fue de ver como al doblar la esquina volvía la cabeza, creído á cada paso que le llamaban los aplausos y hasta que veía á las mismas damas aquellas tan crueles que le armaron de paladin con riesgo ó mengua, y que solo nos arrancan esta satisfacción escrita.

Mis amigos me dijeron despues: las mujeres carecen de consideración como los niños; en cojiendo un objeto por su juguete, no paran hasta que lo rompen, este es el cantor del *Nabuco*.

¡Pobre! dije yo, ya está loco.... Y me dijeron ellos, añade de *entusiasmo*, ó de lo contrario, no tendrá por completa la satisfacción que le hemos ofrecido.

A. ROS DE OLANO.

Revista de la Quincena.

Anunciaban los astrónomos que este año el verano mostraría su ardorosa faz á mediados del presente mes; los astrónomos han acertado; los días que acaban de transcurrir han sido días de fuego; Madrid ha sido un horno. Con cuánto placer no hemos recordado las nieves y las fecundantes lluvias y los torrentes, y todo cuanto respirase frescura. Aquí encaja como de molde esa antigua y eterna polémica entre el invierno y el verano, acerca de la cual no están de acuerdo entre sí ni aun los mismos escritores de EL PENSAMIENTO.

Mas dígame cuanto se quiera en punto á estaciones; si se mira el invierno bajo el aspecto moral es mas animado, mas aristocrático, mas hen-

chido de ilusiones y de goces que el verano, y si por el aspecto de la naturaleza se considera, es mas imponente, mas majestuoso. La culta, civilizadora y atildada chimenea á cuyo alrededor se ventilan á veces las grandes cuestiones políticas ó literarias que dividen la humanidad, muelle y perezosamente recostados los circunstantes en sendas butacas, porque la filosofía de estos tiempos que no son de hierro, aunque tampoco de gloriosas hazañas, busca por base de todas sus especulaciones la comodidad; ó en cuya presencia se hace el amor á una mujer bella, jóven, delicada, elegante, de buen tono, en fin, que todos esos adjetivos componen el buen tono y algunos otros mas; el aromático cigarro que nos envia nuestra rica Antilla, tan empapado de inspiraciones, de melancolía y de meditacion; el soberbio carruaje, único desnivelador de las sociedades modernas, las brillantes *soirées*, la vida y el amor, todo esto encuentra su natural cabida en el invierno.

Ahora no sabe uno hallar la fórmula de la existencia, ahora nos oprime una atmósfera pesada, que nos abate y nos postra física y moralmente; nubes de polvo, de plebeyo polvo, nos envuelven.....

Han comenzado de nuevo las corridas de toros; Montes ha vuelto á aparecer en la plaza de Madrid. La primera funcion no ha ofrecido nada notable, pues se ha compuesto de una coleccion de medianías; medianías eran los toros, y algunos menos que eso, y como medianías se condujeron caballeros y peones. Lo mismo sucede en literatura. Es claro que de esta calificacion esceptuamos á Montes, el cual al matar á un toro muy tostado y alazan, y notable por lo descompuesto de su cabeza y por lo inesperado de sus salidas; un toro, en fin, que no estaba comprendido en las reglas ordinarias de la tauromaquia, y que necesitaba las reglas nunca aprendidas del jénio, mostró una destreza y una serenidad que levantó la plaza de admiracion, y ante la cual tuvo que sucumbir el vicho escepcional.

PUBLICACIONES NUEVAS—*Sonetos* de D. Juan de Arguijo.

Cansados de esa literatura infernal y subterránea, de esa poesía febril y mortuoria que aqueja

las imaginaciones de las turbas de malos poetas que pululan, allende y aquende el Pirineo, por efecto de una natural reaccion, nos agrada refrescar el alma y templar el sentimiento en esa otra poesía clásica, pura y vigorosa, al par que sencilla, que nos legaron nuestros padres; poesía que ademas de su mérito intrínseco y de la delicadeza de sus formas, tiene para nosotros la recomendacion de haber recreado los primeros años de la juventud, allá cuando la educacion clásica estaba en voga. No conocemos ninguno de los poetas notables contemporáneos, jóvenes ó viejos, que no esté empapado en la lectura de Herrera, Rioja, Fray Luis de Leon, Gil Polo, Arguijo y demas nombres que florecieron en la época dorada de las letras españolas.

Vive en Sevilla un literato que seguramente es el mas laborioso é infatigable de cuantos ecisten en España, y con el cual solo podrá competir algun erudito aleman; ha pasado su juventud entre el polvo de los archivos y de las bibliotecas, como tenaz escudriñador que es de las riquezas históricas y literarias que en su seno esconden. Revolviendo papeles antiguos, se le ha venido á las manos una preciosa coleccion de sonetos del célebre poeta andaluz, en la cual se encuentran nada menos que treinta y dos inéditos que con los veinte y ocho publicados por Fernandez, resultan hasta el número de sesenta de que se compone el libro.

Es este un hallazgo que los amantes de nuestra antigua poesía deben agradecer al Sr. Colon y Colon. Seguramente entre los sonetos que por la vez primera ven la luz pública, no se halla uno que esceda en mérito al ponderado que el autor consagró al Guadalquivir, ni al de las estaciones, y otros, pero los hay que los igualan.

Copiaremos al acaso los dos primeros que encontremos al abrir el libro:

A JULIO CÉSAR.

Del gran Pompeyo el enemigo fuerte
Llega en oscura noche al pobre techo,
Dó Amidas con seguro y libre pecho
Ni teme daño, ni recela muerte.

Ya que llamar segunda vez advierte
Rogado deja el mal compuesto lecho;

Y en frágil barca el peligroso estrecho
Corta, presago de siniestra suerte.

Brama furioso el mar sintiendo el peso
Que sostiene; y al tímido piloto
César anima, y dice: «Rema, amigo,

Y olvida el miedo de infeliz suceso,
Aunque mas se contrasten Euro y Noto,
La fortuna del César va contigo.»

En segura pobreza vive Eumelo
Con dulce libertad y le mantienen
Las simples aves, que engañadas vienen
A los lazos y liga sin recelo.

Por mejor suerte no importuna al cielo,
Ni se muestra envidioso á la que tienen
Los que con ansia de subir sostienen.
En flacas alas el incierto vuelo.

Muerte tras luengos años no le espanta,
Ni la recibe con indigna queja,
Mas con sosiego grato y faz amiga.

Al fin muriendo con pobreza tanta,
Ricos juzga sus hijos pues les deja
La libertad, las aves y la liga.

Publica tambien el Sr. Colon unas curiosas anotaciones del maestro Francisco de Medina, célebre humanista y tambien poeta, contemporáneo de Arguijo. Se conoce que este le habia remitido su excelente manuscrito para que lo examinase; mas el crítico lo devolvió con leves observaciones de estilo, y poniendo al final estas palabras: «O » yo estoy tan olvidado de esta facultad, ó es el » autor de los sonetos tan aventajado en ella, que » los dientes de la lima no hallan en que hacer presa, por mas que las aguze la mala intencion de » quien tiene mas de Zóilo que de Aristarco.»

Al hablar del siguiente soneto, que en tan grande estima tienen los inteligentes, se expresa así: «Vos, soneto, sois el mejor que leí en mi » vida, y sin tocaros os venero de lejos.»

A CICERON DEGOLLADO POR POMPILIO.

Deten un poco la cobarde espada,
Cruel Pompilio, ingrato, y considera
La injusta empresa que á tu brazo espera,
Y largos siglos ha de ser llorada.

¿Posible es que se ve tu mano armada
Contra el gran Tulio? ¿á quién librar debiera
En igual recompensa de la fiera
Muerte, á tu ingratitud encomendada?

¡Oh cuán poco aprovecha la memoria
Del recibido bien, que al obstinado
Ninguna cosa de su error le muda!

Desciende el golpe sobre la alta gloria
De la latina lengua, y derribado
Deja el valor y la elocuencia muda.

No hemos podido resistir al deseo de detenernos algun tanto en esta publicacion: cada día van siendo mas ignoradas las obras de los grandes maestros del habla castellana; es pues grata la aparicion de aquellos libros que reproducen las ya conocidas, y desentierran las inéditas.

TEATRO DEL CIRCO.—*Abogar contra si mismo*, comedia en dos actos, traducida del frances—*Un poeta*, comedia en un acto, id—*El Terremoto de la Martinica*, drama de grande espectáculo.

Se han empeñado en que aquello es teatro, y aquello es Circo y no solo Circo, sino Circo Olimpico, para que corran caballos y brinquen saltimbanquis espresamente labrado. Asi es que en el Circo cuando es teatro, se está mal, se oye peor, no luce la riqueza ni resplandece la elegancia: asemejase el Circo á un cuadro de ánimas benditas, dándole colorido de tal lo estético y mal derramado de las luces: aquellos quinqués de cuelga que descubren por do quier la vetusta ojalata, aquella pedreria turbia y macilenta, aquellas ventanas del cielo tan numerosas, tan vidriadas, que de todo tienen menos de celestiales, chocan á la vista,

hieren el buen gusto y acaban por poner en des-
concierto el ánimo de los espectadores. Sin em-
bargo allí casi se ha cantado alguna que otra
ópera y hemos oído recitar en variedad de tonos
muchas piezas dramáticas; de donde se deduce
que aunque aquello no es teatro sirve para teatro,
y en esto cumple con la costumbre del país; por-
que en España, ya se sabe, con cualquier cosa
nos componemos, porque somos jente bien ave-
nida.

Afortunadamente en nuestra *Revista* anterior
no pudimos hablar, por falta de espacio, de las
novedades que hasta entonces habian tenido lugar
en el Circo; sin aquella circunstancia muy apura-
dos nos encontraríamos para llenar esta vez la
seccion teatral. *El Terremoto de la Martinica*
seguramente no es una novedad para el público
madrileño; pero debe de haberle cobrado ley,
puesto que la empresa se ha creído dispensada en
los últimos quince días de variar el espectáculo,
que para quien lo ha presenciado una vez, y cuan-
do mas dos, sobra. Empero no somos nosotros
tan intolerantes que censuremos á los directores
del Circo porque insisten en la representacion de
una obra que les proporciona ganancias. Por otra
parte en los días abrasadores que corren, el teatro
viene á ser un renglon que está demas, si quier
sea teatro de verano.

Pero liquidemos nuestros atrasos con la empre-
sa, que en verdad ya es tiempo. *Abogar contra
sí mismo* es una pieza cuya vida se asemeja á la
del justo, que nace, vive y muere sin ruido. El
mérito literario de esta produccion no sale de los
límites de la *sentimentalidad* francesa: obtuvo un
éxito mediano. El Sr. Latorre desempeñó su pa-
pel con tal cual desaliño, y como aquel que tra-
baja de mala gana. Teodora Lamadrid cumplió
bien y esforzadamente con el estudio de su parte,
manifestándose tan inteligente y aplicada como lo
tiene de costumbre. El Sr. Alverá se portó de-
testablemente, pero aquello ya pasó y en otra le
aguardamos. Caltañazor desempeñó á ratos el bo-
tarate francés con buen éxito; pero este cómico
tiene la mala costumbre de hablar siempre en la
octava mas alta de todas, de suerte que su voz
destempla á sus demas cólegas, y no produce buen
efecto en los espectadores, que por lo jeneral no
son sordos.

Abogar contra sí misma quiso sin duda la em-
presa de la Cruz cuando reclutó tanto varon sui

jeneris y tanta dama de tan diversas épocas para
formar su batallon dramático. Aquello es el arca
de Noé: allí está el ilustre actor D. Carlos Latorre,
cuyo sobresaliente mérito nos complacemos en re-
conocer y aplaudir; pero á su lado está por ejemplo
el Sr. Alverá que es el peor de los galanes posibles,
ya por la mala voz, ya por la desgraciada figu-
ra, ya por el escaso talento que tiene; allí están
las Sras. Lamadrid, de las cuales la una, Doña
Bárbara, tiene facultades inmensas, algo descui-
dadas, mientras la otra, Doña Teodora, aprovecha
las suyas alcanzando ventajosos triunfos á cada pa-
so; allí están las Sras. Baus y Torres recuerdos
de un método y de una época que en los tiempos
actuales son vivientes anacronismos; allí el Sr. Lom-
bía cuando cumple con su inspiracion verdadera,
que es la de gracioso, agrada, y cuando se mete
á desempeñar papeles serios se nos figura que los
desempeña en chanza ó que los está ensayando;
allí por último hay otras cosas que revueltas y
barajadas constituyen una espantosa anarquía,
y ocasionan confusion, discordancia y mareo.

Un poeta es una pieza en un acto estúpida, des-
preciable, mal escrita en francés, mal traducida
al español, y peor ejecutada, de tal modo que gran
parte del público, no pudiéndola sufrir, á media
representacion hubo de alzar el campo y pronun-
ciarse en retirada por escalones, en lo cual hizo
bien, así como nosotros los permanentes hicimos
muy mal; y basta de *Poeta* malo que hartos so-
bran por desgracia.

El Terremoto de la Martinica es un drama de
espectáculo puesto en escena con lujo, medianamente
ejecutado, que debe verse por el mucho mé-
rito de las decoraciones, y por cierto interés que
alguna de sus escenas produce. *El Terremoto de
la Martinica* es un buen drama de brocha gorda.

TEATRO DEL PRINCIPE.—*Bruno el Tejedor*, comedia en
dos actos, arreglada á nuestro teatro por D. Ventura
de la Vega.

Esta produccion ha conseguido feliz acogida, y
nosotros atribuimos este hecho mas bien que á su
mérito efectivo, á la perfeccion con que está es-
crita y al desempeño de los actores. Bruno es un

hombre de bien, lo que se llama hombre de bien, salido de las entrañas del pueblo bajo, toco, sin ambicion ni deseos elevados, y al cual el autor, sin saber por qué, lo coloca de repente en una posicion social para la que no habia nacido. ¿Cuál ha sido el objeto que se ha propuesto el autor? Por ventura demostrar que el hombre no puede ser transplantado sin violencia de su cama de paja á un lecho de plumas, desde la cabaña al palacio? Pero eso es mentira, de todo punto mentira, en la edad presente. El mundo actual se halla gobernado por hombres de humilde cuna; la sociedad es patrimonio de los que en Francia llaman *parvenus*. Y mientras esto sucede, la vieja aristocracia, olvidada de sus antecedentes, se va oscureciendo hasta el punto de hallarse eclipsada por la improvisada aristocracia que no menos hinchada y vana se levanta á conquistar á viva fuerza las posiciones sociales. Si esto es malo ó si es bueno, no es cosa de decirlo á propósito del análisis de un drama, y aun lo que llevamos dicho está de mas, y puede calificarse de ocioso é intempestivo.

Pero es lo cierto que en *Bruno el Tejedor* no se encierra el fin moral que á primera vista se cree; sino que es una de tantas comedias que se oyen con placer, con mucho placer, mácsime si estan traducidas y arregladas por D. Ventura de la Vega, y representadas por la Matilde, por Romea, Guzman, Sobrado y Fabiani.

La escena es muy cerca de Madrid, ahí en Alcalá, donde vive un hombre rico que tiene una fábrica de tejidos confiada enteramente á la laboriosidad y celo del protagonista del drama. Pero el hombre que vive en Alcalá deja de vivir de repente por la sencilla razon de que se muere. Al olor de la muerte, ó mas bien dicho de la herencia, acude una *piara de parientes*, como dice Bruno en su rústico lenguaje, ansiosos de abrir el testamento, y ver qué lugar ocupaban en el aprecio del difunto por la parte de bienes que les haya dejado á cada uno.

Entre la turba de deudos habia una jóven, tal como los autores de comedias las fabrican espresamente para sus obras; es decir, que era linda, modesta, virtuosa y pobre. Hija de un coronel retirado, á quien es sabido no le pagan, vivia con estrechez en union de su anciano padre, hermano, sino nos engañamos, del difunto. ¿Quién no habia de esperar que el tio hiciese rica al

morir á la hija de su hermano? De nosotros podemos decir que si tuviéramos una sobrina como aquella, habíamos de regalarla toda nuestra hacienda. Pues bien, el tio del drama es tan duro de entrañas, tan desapiadado, que sabiendo la situacion de aquella familia, ni siquiera de política les señala un corto legado, ni á los demas parientes tampoco, puesto que la herencia en cuerpo y alma va á parar á Bruno el tejedor.

Imajínese el que no haya visto la comedia cuál sería el desconsuelo de aquel largo catálogo de parientes, y qué de jestos no haría Fabiani que era uno de ellos.

Todos los buitres hambrientos atraídos por el olor del cadáver se disipan al punto que se convencen de que allí no hay nada que devorar. Solo queda triste, pensativa, preñados sus ojos de lágrimas, la desamparada niña. Ella no era buitre, ella era una encantadora criatura que habia venido á saber si su padre tendria pan para el resto de sus dias, ó si le estaba reservado morir de necesidad en el oscuro rincon de su hogar, como mueren las dos terceras partes de los viejos coroneles de la Independencia y de la Libertad. Es triste para una hija entrar por las puertas de su casa y anunciar al autor de sus dias el hambre y la desnudez. Esto esplica la inmovilidad de aquella jóven, cuando todos habian desamparado la habitacion.

Mas nos equivocamos; no todos se habian marchado porque quedaba Bruno, Bruno que contemplaba enajenado á la sobrina de su amo, Bruno que hacia tiempo que la amaba.

Hé aqui una pasion hartito inverosímil, y que yo no comprendo, á pesar de que alguno de mis amigos sostenia dias pasados que nada tenia de increíble. Concíbese que un hombre de baja estraccion aspire á la mano de una señorita; pero ese hombre no es Bruno, al cual nunca se le habia pasado por las mientes levantar el vuelo, y antes al contrario se hallaba contento con su suerte.

De cualquier modo Bruno ofrece modestamente á la jóven la mitad de la fortuna que acaba de heredar; pero ella se obstina en no aceptar tan jenerosa dádiva. Entonces el tejedor con sus modales bruscos, su lenguaje rudo y su traje de artesano ofrece su mano á la hija del coronel; y sin embargo esta declaracion imposible con semejantes condiciones interesa vivamente: tal es la

maestría con que el Sr. Vega ha trasladado esa escena, y tal y tan admirable la perfección con que la ejecutan el Sr. Romea y la Sra. Díez, que arrancaron unánimes aplausos á los espectadores.

La respuesta á tan inesperada y sorprendente declaración, es: *decídselo á mi padre.*

En el segundo acto los dos esposos se han trasladado á Madrid, donde habitan una casa magnífica, ricamente amueblada, y donde llevan una vida de lujo y ostentación; pero esa vida no agrada á Bruno, porque él no puede avenirse con los hábitos de la buena sociedad, y apesar de las lecciones de su esposa, comete mil torpezas en la mesa y en el estrado; y en medio de la sociedad mas escogida, se le escapan á cada paso las palabras que usa el pueblo bajo. En fin, es un pobre salvaje á quien toda la dulzura y la paciencia de la mujer, y la sociedad del buen tono no logran civilizar.

Corrido, avergonzado de ser el hazme reir, la befa de las jentes, soporta á duras penas tanta humillación y suspira por aquellos dias en que reunido con sus amigos, iba á comer al rio y á solazarse y gozar á su manera. Uno de sus antiguos camaradas viene de Alcalá á hacerle una visita, habiendo tenido antes la precaución de proveerse de *traje de sociedad* en una de las prenderías de esta corte. El personaje grotesco es nada menos que Guzman. Con él se consuela Bruno de sus cuitas, que tenia buen cuidado de ocultar á su mujer, á fin de no obligarla á dejar á Madrid.

Pero nuevos y mas graves sinsabores le asaltan; un primito de su esposa, calavera si los hay, y cortejante de oficio, anda que bebe los vientos; Bruno intercepta un billete en que hace una declaración. Atendidos los hábitos y educación de Bruno, lo natural era cojer al seductor y arrojarlo bruscamente por la ventana ó cosa así; pero esta vez el hombre del pueblo, y que al pueblo quiere volver, se conforma con los usos de la sociedad y sale á batirse al florete con el que atentaba á su honra.

Bruno estaba dispensado de tener tanta dosis de pundonor, cuando hay hombres que llevan frac, para los cuales el honor es un sentimiento de salvajes.

El elegante madrileño, diestro en el manejo de la espada, desarma, hiriendo levemente á su contrario que no contaba mas que con valor.

Sabedora entonces la jóven esposa de cuanto ocurre, y de que para el pobre Bruno aquella vida es un suplicio continuado, adopta la resolución, heroica en una mujer, de abandonar el bullicio de la Corte y trasladarse á una quinta, donde llevará con su marido una venturosa pero no envidiable existencia campestre, á la hora en que trazamos estas líneas.

Este es el drama. Es de extrañar que Bruno, dotado al parecer de un talento claro y despejado, no consiguiera almoldarse algo mas á las exigencias del mundo.

Hemos dicho que la comedia ha sido representada con notable perfección, como no podia menos. Romea tenia á su cargo un carácter de difícil desempeño, que ha ejecutado con una verdad y con una naturalidad que sorprenden. La Matilde no necesitaba mas que abandonarse á sus buenos instintos de actriz, y poner en juego sus excelentes facultades para sacar airoso la parte de que se halla encargada.—Guzman, como siempre, hizo reir, y su papel se prestaba en verdad.—El carácter que representaba Sobrado, no era difícil para él.

Soueto.

Vuela, vuela inocente fantasía!
Fínjete amor y glorias y placeres,
Engaña al corazón con las mujeres,
Con la ambición del mundo y su alegría!

Vuela, infeliz! que llegará algún día
Triste y sin sol para lo que ora quieres,
Que apagará con sombras lo que hoy eres
De amor y de ambición y lozanía!

Entonces triste y solo en su retiro,
Quejoso el corazón de tus ficciones,
Te enviará doliente algún suspiro,

Fruto de su cariño y sus pasiones!
Amargo fruto que cojió en la vida,
De tanta falsedad y tan querida!

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.